

PÁGINAS DE SALUD PÚBLICA



Juan Rivera Dommarco, Eduardo Lazcano Ponce, Héctor Gómez Dantés, Carlos Oropeza Abúndez (editores). *Cien años de la Escuela de Salud Pública de México, 1922-2022. Un siglo de innovación educativa para responder a los desafíos sanitarios del país.* Cuernavaca, Morelos: INSP, 2022.

Este libro forma parte de las celebraciones de nuestra centenaria Escuela de Salud Pública de México (ESPM). Condensa lo que ha sido esta institución a lo largo de cien años de existencia y lo celebra como espacio de formación académica. Dicho espacio ha sido fundamental para la vida de muchos de nosotros, cuyo campo de trabajo es vital en reflexión y práctica para la vida humana, el bienestar de las personas y la protección de los seres vivos y el ambiente: el campo de la salud pública.

La Escuela ha permitido el encuentro, la profesionalización, la capacitación, la especialización, el desarrollo de la investigación y la generación de propuestas de políticas públicas para mejorar la salud colectiva, garantizar el derecho a su protección e incidir sobre los determinantes sociales que producen sufrimientos, enfermedades, discapacidades y muertes. Desde su fundación el 23 de marzo de 1922 y a lo largo de los distintos momentos de su desarrollo, ha mantenido la capacidad de entender los contextos históricos y contribuir al bienestar de la población en muy diversas dinámicas políticas, económicas y sociales. Las comunidades que le dan vida, sostén y permanencia han formado generaciones de profesionales en salud pública, con alta calidad técnica y científica, profundo sentido ético y sensibilidad social.

Las palabras escritas por el secretario de Salud del Gobierno de México, el Dr. Jorge Alcocer Varela, para esta obra y los siete capítulos y 350 páginas que la conforman detallan –con profundo rigor– los contextos sociopolíticos y sanitarios, y los desafíos epidemiológicos y formativos a los que ha respondido la Escuela de diversas maneras: ampliando su matrícula, diversificando programas académicos, desarrollando modelos pedagógicos, innovando, enfrentando tensiones y coyunturas adversas.

En 1923, después de un año de operación, egresaron de la Escuela los primeros oficiales médicos de salubridad; médicos especialistas en servicios

sanitarios de puertos y fronteras con subespecialidades en paludismo, peste, fiebre amarilla y uncinariasis, así como técnicos en bacteriología, en su mayoría mujeres. Desde entonces hasta la actualidad, los autores del libro recuperan y reconocen el papel de importantes salubristas que contribuyeron en forma destacada, en un primer momento a fundar la Escuela y más tarde a fortalecerla, ampliar sus capacidades de formación, a transformarla, ampliar sus horizontes, internacionalizarla y convertirla en lo que ahora es: un espacio autónomo y público de formación, investigación y generación de propuestas para producir salud, acreditado, reconocido y valorado en los campos científico y de las políticas públicas.

Se trata de un libro denso, por la cantidad de datos que contiene y lo detallado de la información presentada; al mismo tiempo, es un libro disfrutable y didáctico pues en los diversos capítulos hay bellas fotografías, líneas de tiempo, tablas que sintetizan períodos y transformaciones sociales y económicas del país, datos estadísticos y epidemiológicos resumidos, síntesis de modificaciones académicas, pedagógicas y de prioridades de formación de los profesionales de la salud pública, que permite, según el interés del lector, profundizar en algún tema, periodo o tener una imagen de conjunto, general y bien organizada del devenir de la ESPM.

Para los estudiosos de la historia de las comunidades científicas, el libro aporta información muy valiosa sobre

los marcos epistémicos dominantes, los paradigmas de formación/acción imperantes en cada periodo y la incidencia sociopolítica de los salubristas como promotores y gestores de políticas públicas de salud. En el mismo sentido, el libro permite rastrear la modificación de los perfiles demográficos y de morbimortalidad de la población mexicana, las transformaciones de las políticas sanitarias, los cambios en las prioridades en salud, en servicios y programas de preventivos y de atención, y los desafíos que enfrentó la ESPM para formar salubristas capaces de responder a su tiempo y circunstancia.

A lo largo del texto, se identifican las influencias internacionales en la configuración de la ESPM y también las diferencias sustanciales con otros sitios de formación, pues nuestra escuela, a diferencia de la Escuela Johns Hopkins de Higiene y Salud Pública, nace como una institución pública, financiada por el gobierno y como parte de un proyecto sanitario nacionalista que fue pilar en la construcción del Estado posrevolucionario. Además de que la formación de salubristas en México, en sus orígenes, siempre estuvo vinculada al trabajo de campo en comunidades, en centros de salud y viviendas, con un claro enfoque preventivo y de educación para la salud.

Este libro, además de ilustrar en forma notable los paradigmas dominantes en las acciones y la formación en salud pública en cada periodo, presenta información que permite retratar la sociedad que era y la que actualmente somos. Identifica viejos, nuevos y persistentes problemas de enfermedad, discursos que a pesar de su antigüedad siguen vigentes y dinámicas estructurales de exclusión, discriminación y colonialidad que aún laceran a nuestro país, aun cuando ya no formen parte de los principales problemas de funcionamiento de la actual ESPM. En algunos momentos de su historia, la Escuela excluyó a

los profesionales no médicos, se estableció un límite de edad para acceder a los cursos, se consideró la incorporación de mujeres únicamente para la formación técnica y se privilegió la formación en el extranjero para los cuadros directivos.

Los distintos capítulos del libro abonan para lograr una obra notable. En la presentación titulada “Escuela de Salud Pública de México: innovando para el porvenir desde una tradición centenaria”, Juan Rivera Dommarco y Eduardo Lazcano Ponce reflexionan sobre el pasado de la Escuela invitándonos a pensar sobre su enorme potencial a futuro y colocan tres desafíos: la transformación de los métodos de enseñanza, la búsqueda de un equilibrio entre la formación científica y humanística; la integración entre la generación de conocimientos y la formación de salubristas e investigadores en salud pública; y la creación de programas académicos para la profesionalización, junto con maestrías y doctorados en ciencias dirigidos a la preparación de investigadores.

El capítulo uno, escrito por Héctor Gómez Dantés, titulado “De la revolución sanitaria a la transición epidemiológica. El contexto sanitario en México a lo largo de los últimos 100 años”, analiza los cambios que han mejorado las condiciones de vida e impactado los niveles de salud; las deudas sociales y sanitarias que aún persisten y que se siguen expresando en pobreza y marginación; y los desafíos de este siglo, que muestra ya un horizonte de nuevos y más complejos riesgos para la salud, con aceleradas transformaciones en el perfil epidemiológico y una búsqueda constante de esquemas de prevención y atención y programas de salud más efectivos y equitativos. La invitación del autor es a pensar que son cien años donde se expresan múltiples cambios, complejos e irregulares en ritmo y dirección en los campos demográfico, epidemiológico e institucional y destaca las épocas, los hitos, el papel de algunos

protagonistas y los programas que catalizaron estas transformaciones.

En los capítulos dos y tres, elaborados por Ana María Carrillo y denominados “Primera etapa de la Escuela: una institución en busca de su identidad (1922-1938)” y “Segunda etapa de la Escuela: enseñanza e investigación al servicio del pueblo (1938-1958)”, se detalla, por un lado, la fundación de la Escuela de Salubridad como el primer y más importante espacio de profesionalización de la enseñanza de la salud pública en el país, su identidad temprana, ligada al Departamento de Salubridad Pública y la formación académica acorde al proyecto sanitario del Estado Nación que prioriza el control de enfermedades en puertos y fronteras y la higiene en el trabajo. Por su parte, en la segunda etapa se identifica un auge en la investigación, la enseñanza, la difusión y divulgación de los problemas de salud pública, la lucha por erradicar enfermedades transmisibles, las campañas sanitarias a lo largo de todo el territorio nacional y el desarrollo de programas preventivos en instituciones públicas de salud y seguridad social en expansión. La autora reconstruye cómo alumnos, investigadores y profesores de la Escuela participaron en la eliminación de la viruela y fundaron programas de atención preventiva.

En el capítulo cuatro, titulado “Tercera etapa de la Escuela: el camino hacia la autonomía (1958-1982)”, Ana María Carrillo y María Guadalupe Muro Hidalgo reconocen un periodo con cambios evidentes en el perfil epidemiológico de México y en las políticas públicas, lo que dejó una impronta en los programas académicos y los proyectos comunitarios de la Escuela, así como en el perfil de sus egresados. También destacan el nacimiento de la revista Salud Pública de México en 1959 –como publicación oficial de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) ligada a la Escuela de Salud Pública– así como el Primer

Congreso de Salud Pública, al que asistieron más de 1 400 personas y la transformación en 1963 de la Sociedad Mexicana de Higiene en Sociedad Mexicana de Salud Pública.

La salud pública era considerada un espacio integrador para prevenir, tratar, rehabilitar, investigar y educar, cuya intención era proteger y promocionar la vida humana. La ESPM desplegó una intensa actividad para revisar las experiencias en la prevención y lucha contra las enfermedades y el mejoramiento del medio; reforzar o suprimir programas, y aquilatar el trabajo realizado por médicos mexicanos en salud pública, con éxitos notables como la producción nacional de vacuna antipoliomielítica, la vacunación contra la polio, la erradicación del dengue, lograda en 1962, y la reducción de la mortalidad por fiebre amarilla, viruela y paludismo.

En este periodo, la Escuela intensificó sus relaciones con otras escuelas de salud pública del continente y formó personal médico, de enfermería, odontología y nutrición para México y América Latina. La preparación de profesionales y técnicos incluía los campos de salud pública, administración de hospitales, atención médica, nutrición y enfermería en salud pública; cursos de administración de centros de salud, técnicos en saneamiento, en promoción de la salud, en bioestadística y auxiliares de laboratorio. Había, asimismo, cursos breves de adiestramiento para personal no profesional. Entre 1959 y 1982, el número total de alumnos egresados fue 10 190, de los que 5 792 eran mujeres. El año 1982 significó el fin de una etapa para la ESPM, pues marcó el momento en que ésta dejó de ser la formadora de los cuadros que requería la SSA, objetivo con el que la Escuela había sido creada 60 años antes. A partir de ese momento, esta institución tomaría nuevos rumbos.

En el capítulo cinco, "Cuarta etapa de la Escuela: integración de la

enseñanza y la investigación en salud pública (1982-2022)", escrito por Ana María Carrillo, María Guadalupe Muro Hidalgo y Marisol Hernández Rivas, se destaca la integración de la ESPM al Instituto Nacional de Salud Pública (INSP). Las reformas profundas al sector salud a partir de 1982 definieron los derroteros y las prioridades de formación en el INSP y la transformación de la Escuela en una secretaría académica.

El INSP amplió sus relaciones con el exterior, impulsó la movilidad internacional y su modernización se corrió a la par de las transformaciones políticas ocurridas en el periodo, como parte de la llamada reforma del Estado. La investigación y el posgrado se desarrollaron en forma importante, desapareció la denominación Escuela de Salud Pública de México y se buscó consolidar la integración de la epidemiología, la bioestadística, las ciencias sociales y la administración, en la formación de recursos humanos de alto nivel en el campo de la salud pública.

Cabe señalar que el nombre de la Escuela ha cambiado, respondiendo a las concepciones dominantes de cada época: Escuela de Salubridad; Escuela de Salubridad e Higiene; Escuela e Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; Escuela de Salud Pública; Escuela de Salubridad y Asistencia; de nuevo Escuela de Salud Pública, y finalmente, Escuela de Salud Pública de México.

Este capítulo concluye señalando que el mayor reto sanitario enfrentado en el periodo es la actual pandemia de Covid-19, agudizado por el hecho de que, desde hacía décadas, el sistema de salud mexicano enfrentaba problemas estructurales como escaso financiamiento, fragmentación, diferencias en la calidad de los servicios, acceso inequitativo y déficit de recursos humanos.

En el capítulo seis, "Evolución de los programas académicos en el Instituto Nacional de Salud Pública.

Una reseña crítica", Eduardo Lazcano Ponce muestra la fortaleza de la ESPM, los nudos problemáticos y los desafíos a futuro. Asimismo, señala que desde la creación del INSP se asumió una nueva perspectiva institucional en la formación de recursos humanos. Desde su fundación, el Instituto asumió la identidad que lo ha acompañado durante los últimos 35 años: una institución de educación superior que privilegia la formación de posgrado, de investigadores y tomadores de decisiones.

La historia de la ESPM no es la del INSP, pero en los últimos 36 años es imposible separarlas. A partir de la fusión de la Escuela con el Instituto se consideró que la investigación y la formación de recursos humanos de alto nivel eran procesos necesarios para iniciar y fortalecer el cambio estructural de la salud, la modernización sanitaria y contribuir a la llamada reforma del Estado.

El autor concluye que los programas académicos deben reformarse para implementar un currículo unificado e integral con un enfoque inter y multidisciplinario, propio de la salud pública, en donde se integren las áreas de concentración. Propone forjar la conciencia del deber profesional, no sólo en lo que respecta a mejorar la salud poblacional sino frente al compromiso social, y reconoce que no existe aplicación eficiente del conocimiento científico sin el entendimiento de la cultura, señalando la poca utilidad de las herramientas metodológicas sin una perspectiva humanista. Finalmente concluye sobre la necesidad de restructuración de los programas académicos, para que la institución prevalezca como líder en la educación de posgrado en salud pública, tanto en México como en la región latinoamericana.

En el capítulo siete, "La centenaria Escuela de Salud Pública de México: diferenciación, tradición, liderazgo y reestructuración educativa", su autor, Eduardo Lazcano

Ponce, propone que la ESPM debe privilegiar un aprendizaje transformativo y sustentado en la innovación académica; asimismo, debe promover un modelo pedagógico constructivista integral, inter y transprofesional, con el predominio de un aprendizaje tutorial centrado en la práctica para la resolución de problemas.

En este capítulo se destaca la importancia de posicionar a la ESPM como una institución de vanguardia y excelencia académica, para enfrentar los retos de salud pública emergentes en México y en el escenario global.

Aun cuando se reconoce la fortaleza de la formación en la ESPM y el reconocimiento de instancias nacionales y extranjeras, por cumplir con los estándares de calidad de sus programas académicos, el autor señala que es necesario implementar un sistema curricular unificado y coherente con las funciones esencia-

les de la salud pública. Lo anterior implica extender el enfoque más allá de los sistemas tradicionales para la prestación de la atención médica, así como el compromiso con el desarrollo comunitario y los determinantes sociales de la salud, al igual que la perspectiva inter y transprofesional. Además, señala que las intervenciones en la comunidad deben ser culturalmente aceptables y fortalecer posgrados con orientación profesional con práctica de campo que les demanden resolver problemas y casos originados en ambientes reales.

Cien años de la Escuela de Salud Pública de México, 1922-2022. Un siglo de innovación educativa para responder a los desafíos sanitarios del país, además de un libro de consulta obligada para entender el desarrollo de la salud pública mexicana, que muestra la continuidad de la formación de salubristas en ciertos períodos

y momentos de tensión, inflexión, ajuste e innovación, es un libro de celebración, homenaje y legado.

Celebro su publicación y felicito a editores, autores y a la comunidad de salubristas que con su quehacer cotidiano y su compromiso con la población han dado vida a la historia narrada a detalle en esta entrañable obra.

La historia plasmada en este texto nos compromete a retomar el legado de los salubristas que nos precedieron y a seguir trabajando por la transformación del país, con justicia social y equidad sanitaria, para contribuir a que las personas valoren y cuiden la vida y la salud colectiva e individual y disfruten el mundo.

Oliva López-Arellano,
D en C de la Salud.⁽¹⁾

<https://doi.org/10.21149/14394>

(1) Secretaría de Salud de la Ciudad de México